

Tiempos de renovación

México y el señor José Vasconcelos

[De nuestro amigo de Chile, y colaborador, R. Meza Fuentes, estas líneas:

«La estancia de Vasconcelos aquí, Ud. lo verá, fué un escándalo para la gente sensata y pacata. Por eso le recomiendo el artículo de don ENRIQUE MOLINA, el único universitario chileno que tuvo el valor moral y la altitud de espíritu que eran necesarios para hacer una defensa pública. Y esto es más estimable si se piensa que Molina es rector de la universidad de un pueblo nuestro tradicional en su creencia: Concepción»].

Nuevos ideales agitan a la humanidad.

Ya son tiempos remotos aquellos en que la civilización primitiva e incipiente era flor precaria de las orillas de un río fecundante o de una meseta feraz, y en que un pueblo privilegiado, encerrado entre sus montañas, se consideraba el único señor de la tierra e ignoraba hasta la existencia de algún no lejano vecino tan poderoso como él.

Hoy día la civilización es mundial. Las palpitations del universo social se sienten, de una manera casi instantánea, doquiera late un corazón humano.

Ningún punto del globo se ha substraído a las consecuencias de la gran guerra y en todas partes ha quedado un temblor de ansiedad después de la catástrofe.

Nuestra época tiene la intranquilidad de los tiempos mesiánicos. Se anda en busca de algo nuevo, se espera algo nuevo. Vive también en medio de trágicas incertidumbres y se entrecocan las más encontradas tendencias.

Los fariseos de los ideales tradicionales tratan de infundir a éstos nueva vida por medio de la fuerza o del peso de la masa de las muchedumbres. Los apóstoles de los ideales de renovación confían en la virtud alada y comunicativa del espíritu, en la experiencia, en la luz convincente de la razón, en la sed de justicia que tortura las almas de los buenos y en la necesidad de aplacar el dolor.

El término de la gran guerra puso en los corazones superiores, no sujetos a las tiránicas exigencias de la política y de odios atávicos, un grande anhelo único: encontrar la manera de concluir con los horrores indescriptibles de las luchas armadas, y de traer por fin para la humanidad el reinado de la paz, ideales que obstinadamente sustenta el espíritu como preconcepción del solo porvenir verdadero. En la perse-

cución de estas finalidades no ha habido únicamente el afán de realizar los dictados de un amor quimérico, no; ha palpitado la angustia de salvar de nuestra civilización lo que tiene de bueno, que las inteligencias más cla-

rovidentes han visto hundirse, ven hundirse arrastrando en su caída, junto con las injusticias e iniquidades, que en buena hora desaparecerían, tesoros de cultura que se perderían para siempre o que los hombres tardarían siglos de siglos en recuperar.

Fuera de los anhelos de paz universal, la sangre de los millones de hombres caídos en la guerra regó y abonó el surco de las reivindicaciones obreras y el de las aspiraciones de igualdad de la mujer.

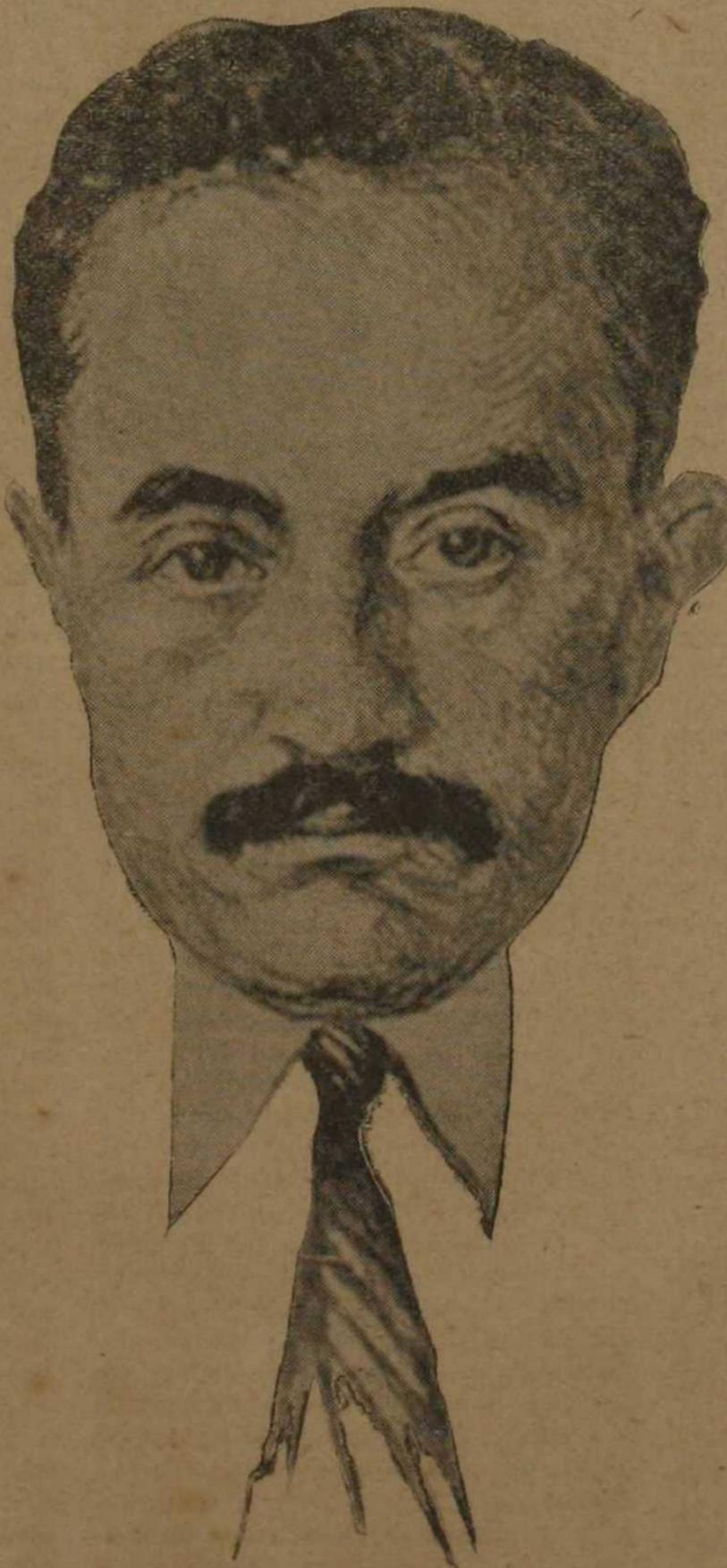
A nuestras apartadas playas de Chile han llegado también las hondas

Los tiempos son de renovación.

consecuencias del conflicto, a veces amortiguadas por la distancia, pero en toda su intensidad en el orden económico. Este hecho constituye para nosotros un argumento irrefragable de que no es posible concebir hoy la nacionalidad sino en armonía con la humanidad.

Pero, al parecer, ningún otro pueblo se halla empeñado en la hora presente, como el de Méjico, en una obra tan gigantesca de renovación. Han actuado ahí, sin duda, la situación general del mundo y circunstancias peculiares de su historia interna. La noble nación mejicana ha tenido, en verdad, un destino trágico; pero se me representa ese destino como la vida de un héroe bravío, rebelde, indomable, que no se ha resignado a una existencia apacible y sin luchas, pagada con algunos girones de su libertad, moldeada sólo por las circunstancias y tradiciones, sin intervención de su voluntad, sino que ha combatido hasta hacer su vida como El ha querido, vida trágica, pero vida «suya», con personalidad propia, de intenso dinamismo, y coronada al fin por una aurora de progreso y una gloriosa paz.

Ha conquistado entre otras cosas ese pueblo heroico la libertad más completa de decir la verdad; ha combatido los latifundios para favorecer la formación de la pequeña propiedad, y, por sobre todo, se encuentra empeñado en la labor educacional de proporciones más vastas de que haya memoria, no sólo en la América sino en cualquiera parte del mundo. Se ha recurrido a todo procedimiento para educar y regenerar a las clases bajas ignorantes y abandonadas por gobiernos anteriores, y para levantar en un movimiento de entusiasmo fervoroso a la nación



JOSÉ VASCONCELOS

(Tomado de *Renovación*, Buenos Aires).